



**LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ**



**Como los gorriones  
(fragmento)**





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Rosa Beltrán Álvarez  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Myrna Ortega Morales  
*Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales*

Sonia Ramírez Saldívar  
*Voz Viva*



Ilustración de portada: Diego Pacheco Illescas  
VV - 147

Primera edición: 20 de junio de 2023

DR © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México,  
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,  
Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-7809-2

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Hernández, Luisa Josefina, 1928-2023, autor. | Negrín, Edith, 1947-. | Ramírez, Sonia. | Medina Lugo, Maribel. | Título: Como los gorriones : (fragmento) / Luisa Josefina Hernández ; presentación Edith Negrín.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Voz Viva de México ; VV-147. | Grabación Sonia Ramírez y Maribel Medina Lugo.

Identificadores: MULTIMEDIA 21160 | ISBN 978-607-30-7809-2.

Clasificación: LCC PQ7297.H435.C65 2023 | DDC 863.6—d:23



**LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ**



**Como los gorriones  
(fragmento)**

Presentación  
Edith Negrín



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2023



Fotografía de Eugenio Aguirre,  
Coordinación Nacional de Literatura, INBAL.



**Luisa Josefina Hernández**  
(Ciudad de México, 1928-2023)

Narradora, dramaturga, ensayista, traductora y docente.

Su creación literaria comprende más de 60 obras teatrales, 17 novelas, además de traducciones y ensayos. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores en 1952 y 1954, y de la Fundación Rockefeller en 1955. Desde 1994 perteneció al Sistema Nacional de Creadores Artísticos como creadora emérita.

A lo largo de su carrera fue merecedora de múltiples reconocimientos entre los que destaca el Premio Magda Donato (1971), el Premio Xavier Villaurrutia (1982), el Premio Juan Ruiz de Alarcón (2000) y el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura (2002). La escritora Silvia Molina la definió como “mujer de grandes pasiones aislada del ambiente literario y quizá la más llamativa autora del siglo XX, porque dedicó su vida a la escritura sin más recompensa que saber que escribía por enamoramiento literario, no por publicar”.





## CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Edith Negrín 9

Del libro *Como los gorriones*

Como los gorriones (fragmento) (45:52 min.) 21







## PRESENTACIÓN

Edith Negrín\*

Recuerdo, en mis tiempos de estudiante, en la década de los sesenta, haber visto a la profesora Luisa Josefina Hernández caminar por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras. Segura y distinguida, casi siempre con un cigarrillo en los labios, contemplando el mundo con mirada inquisitiva y algo irónica, desde la altura de sus elegantes tacones. Con frecuencia escoltada por los jóvenes que asistían con emoción a sus cursos. Una imagen inolvidable de una legendaria escritora.

\*Edith Negrín (Ciudad de México, 1947) es maestra en literatura mexicana y doctora en sociología por la UNAM; maestra en artes por la Universidad de Essex; académica en el Instituto de Investigaciones Filológicas en la UNAM, y formó parte del Sistema Nacional de Investigadores hasta su retiro. Autora de trabajos en torno a la obra de autores como José Revueltas e Ignacio Manuel Altamirano; literatura sobre el petróleo en México, y la obra de escritoras como Luisa Josefina Hernández, Margit Frenk, Rosario Castellanos, Magdalena Mondragón, Silvia Molina y Diana Morán. Participa en el Taller de Crítica Literaria “Diana Morán”, especializado en el estudio de la literatura escrita por mujeres.





Nacida en Ciudad de México en 1928, de padres campechanos, perteneció a la Generación de Medio Siglo, con la que comparte la voluntad de experimentación literaria y el deseo de fortalecer los vínculos entre la cultura mexicana y las expresiones universales.

Exuberante escritora, tan sólo por lo que hace a sus géneros predilectos, teatro, narrativa, en su obra se cuentan más de 60 piezas teatrales y 17 novelas, cifra en proceso de crecimiento, pues aún hay dramas que se representaron pero no se publicaron, y novelas inéditas.

La creatividad de Luisa Josefina Hernández se fue desarrollando en juego retroalimentador con sus actividades universitarias. Desde que inició sus estudios de letras en la UNAM, entonces en la casa de Mascarones, la escritora nunca abandonó la Facultad. De ser alumna pasó a la docencia, ya en la Ciudad Universitaria, y por cerca de cuatro décadas impartió sus cátedras en la institución. Interactuó con diversos escritores, Emilio Carballido, Jorge Ibarguengoitia, Rosario Castellanos, Olga Harmony, entre muchos otros. Y dio clase a futuros dramaturgos, narradores y ensayistas, como Fernando Martínez Monroy, Severino Salazar, Nancy



Cárdenas, Felipe Reyes Palacios. El gran poeta José Emilio Pacheco me dijo alguna vez que Luisa Josefina acrecentó tanto su amor por el teatro como las dudas sobre su propia capacidad como dramaturgo. Pareciera como si la universidad hubiera sido el punto de fuga desde el que las narraciones, las piezas teatrales, los ensayos, las traducciones, las críticas, fueran viajando y dejando una huella en el campo cultural mexicano; una impronta creciente con la producción de sus discípulos y discípulas.

No es extraño que la apasionada labor escritural y docente de Luisa Josefina Hernández fuera reconocida con el nombramiento de Profesora Emérita de la UNAM. Ella fue la primera mujer en nuestra *Alma mater* que lo recibiera. Mereció otras importantes distinciones, sólo menciono el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura, otorgado por el gobierno federal de México en 2002.

El conjunto de la producción novelística de Luisa Josefina Hernández, al que pertenece *Como los gorriones* constituye un cosmos rico y diverso que ofrece una gran cantidad de personajes, voces, espacios y temporalidades, situaciones y problemas, expresados a través de una constante variación



estilística. De acuerdo con las mejores estudiosas de este universo podríamos ubicar las novelas, *grosso modo*, en dos grandes rubros. Aquellas que juegan a ser realistas y representan espacios de intimidad: problemas familiares o de pareja; obras que en alguna medida implican una problemática social. A veces contienen dosis de humorismo. La anécdota suele ubicarse en espacios provincianos, como ocurre en *La plaza de Puerto Santo* (1961); en otras el contexto de los personajes es la ciudad capital, por ejemplo, *El lugar donde crece la hierba* (1959).

Abundantes en hechos y detalles cotidianos, decíamos que estas narraciones aparentan ser “realistas”. Un realismo engañoso pues hechos, lugares y personajes están cargados de simbolismo y referencias culturales que les otorgan varias dimensiones.

El otro gran grupo novelístico de Hernández juega con la Edad Media y se sitúa en el espacio atemporal del mito. Son fábulas que se nutren de imágenes de la plástica medieval y de sueños colectivos. Algunas han sido leídas como místicas o religiosas, pues muestran preocupaciones de esta índole. Pero en sentido estricto son, de acuerdo con Gloria Prado



y Luzma Becerra, fábulas cósmicas. Por ejemplo, *Apocalipsis cum figuris* (2008).

Todo es posible, según la amplia concepción que la escritora tenía de lo real, aunque ella hablaba, más bien, de lo natural. Así, en una entrevista de 1976, dijo a Michèle Muncy “pienso que el milagro es la clave de lo natural”.

En 2020 vieron la luz dos novelas con el sello del Fondo de Cultura Económica. *Las confesiones*, que lleva la leyenda final de haber sido terminada en 1992, y *Como los gorriones* finalizada en 1994. En las conversaciones con su nieto, el dramaturgo y director de escena David Gaitán, Luisa Josefina explica, con coqueta ironía, por qué pospuso tantos años la publicación de ambos libros: “tengo la malvada debilidad de escribir sobre gente que conozco, incluida mi familia, o sobre todo mi familia, pero no la más cercana, de tíos y primos en adelante. Termino los libros y luego resulta que no quiero mortificar a los aludidos... es muy feo, creo yo, pero no puedo contenerme, se me vienen a la pluma”.

Comento brevemente *Como los gorriones*. La novela está dedicada a su hijo Lorenzo. Y la narración, en primera persona, es asumida por un



personaje inspirado en su vástago, que lleva el nombre de Celso. El joven de 17 años relata los acontecimientos de una etapa de su vida, se refiere a su trabajo, a sus primeras experiencias sexuales y describe cómo ve a su madre, a su familia, a otros personajes, al entorno social.

El gran mérito de la novela es que la autora otorga verosimilitud a la narración reconstruyendo el lenguaje coloquial urbano de algunos jóvenes de un sector culto de la clase media entre las décadas de los años sesenta y setenta. Celso es hijo de una pareja de padres divorciados y liberados, dice; el padre, profesor italiano radicado en México, tiene una buena posición, pero ha sido desobligado con los hijos: “mi papá no suelta nada porque es así como intelectual burgués”. La madre, “académica brillante y crítica conocida” se ha hecho cargo de dos hijas ya casadas, sólo queda Celso en una “casa que es un matriarcado”. El chico tiene una relación franca y directa, si bien no exenta de los conflictos del crecimiento, con su madre: “mi jefa es burócrata y come de lo que gana. Por eso siempre da”; “su generosidad no tiene límites y su amor es indudable”. Celso creció en un ambiente amoroso y seguro, además de a su madre, quiere



a su niñera: “quien no tuvo nana india se perdió de un mundo necesario e irrecuperable”. Estudió como muchas de sus amistades en el Colegio Madrid. Sabe idiomas, tiene una buena formación académica y una amplia cultura: “yo estudiaba historia como un desgraciado y me hacía erudito a fuerzas”. Oscila entre el cuestionamiento, un tanto cínico, del entorno y la angustia existencial. Califica a su generación como “muy autodestructiva”. En la escala social se asume, igual que su progenitora, como un desclasado y detesta la clase media, especialmente por la hipocresía que su lenguaje refleja, y como un habitante más de la decadente colonia Roma Sur. En el presente novelístico trabaja como investigador en una Secretaría de Gobierno, en un departamento que luego cierra.

No hay referencias claras al momento histórico, pero se menciona alguna devaluación del peso, revistas como *Alarma* y *Proceso*, vestigios de jipismo, comentarios sobre los políticos, que permiten situar la acción narrada entre los sesenta y los setenta.

La voz narrativa ostenta, en perfecta integración con la anécdota, una multiplicidad inagotable de referencias culturales que van desde los



clásicos grecolatinos, Shakespeare, Cervantes, los pintores renacentistas, los novelistas contemporáneos, novelas policíacas, hasta Walt Disney, Olga Guillot, personajes como “mopets”, “petunias”, entre otras. El juego entre ambas culturas, si bien de frontera permeable, sugiere la posición de Celso y su madre, al igual que la de otros intelectuales y artistas que, por la entrega de su vida a aprender y enseñar, se miran como emblemáticos de la civilización, en tanto que muchos de los otros serían una especie de bárbaros. Inclusive se cita *La tempestad*, con Ariel y Calibán.

El título de la obra, *Como los gorriones*, se explica en el epígrafe que está tomado de una novela negra del clásico Raymond Chandler, *El largo adiós*; una trama de violencia y asesinatos donde las varias menciones a las aves, ofrecen un contrapunto pacificador. En la narración de Luisa Josefina, también hay volátiles, con diversas funciones. Se les evoca para describir un gesto que los integrantes de la familia acostumbraban para indicarle a alguno que pensara; por ejemplo, en una discusión: “mi jefa [...] empezó a picarme la cabeza con el dedo índice, así con mucho encono. Según nosotros, mis hermanas y yo, éstos se llaman los pájaros carpinteros”. El





epígrafe reza: “*sparrows with rosy heads hopped about pecking at things only a sparrow would think pecking at*”, que libremente podría traducirse como: “y gorriones con cabezas rosadas saltaban picoteando cosas que sólo a un gorrion se le ocurriría picotear”. Tal vez, me ha dicho un buen lector, la imagen se aplica a Celso y sus amigos, que en el proceso de crecimiento prueban distintas experiencias, algunas muy peculiares. O tal vez los gorriones se refieren a la propia autora que, como una avecilla urbana, relata desde las alturas.

Como sabemos los investigadores de las literaturas del yo, la verosimilitud no tiene que ver con la veracidad o la falsificación de lo narrado; es siempre una construcción escritural. En este caso, más allá de los acontecimientos descritos, importa el humorismo que genera una lectura placentera. Además de los diálogos, que dejan ver la maestría de la dramaturga, la narración es ágil y amena. Abundan los apodos que pone Celso a sus conocidos, de ambos sexos, los juegos de palabras. Por ejemplo, a un personaje despreciable llamado Filiberto, el narrador lo nombra como Filoctetes, Filístico, Filomierda... Este discurso, las palabras soeces,



la crudeza para apreciar a los demás, recuerda las novelas iniciales de José Agustín, y resulta muy adecuado para caracterizar a Celso.

La voz que narra la novela es producto de varios desdoblamientos, cómo se ve a sí misma la autora, cómo imagina que la concibe el hijo; escrita, además, muchos años después de los hechos contados. La obra nos permite acercarnos al conocimiento literario de Luisa Josefina Hernández, pero coincido con Eve Gil en que, a fin de cuentas, ella nos resulta inasible, enigmática, absoluta dueña de sus secretos.



Del libro  
*COMO LOS GORRIONES*  
2021



## Como los gorriones (fragmento)

Me estaba poniendo intelectual histórico y por ello inevitablemente cursi. Ese efecto, me hacen los viajes al interior; me fascinan, me siento pinche criollo y sufro. Me desenvuelvo en dos idiomas aparte del español y ninguno responde a este país, el mío. Me acordé del maestro de Fernando Palomares, un señor muy frívolo y con pretensiones de políglota; no se le olvidó aprender náhuatl. Y a mis amigos y conocidos nos parece una idea anacrónica y no lo es. Los que hablan castellano casi necesitan intérprete.

El paisaje se hizo más ralito, como desvaneciéndose, y de pronto apareció un puro milagro, eso que los viajeros del desierto llaman espejismo: era la sabana. Una palabra dicha y redicha en toda nuestra infancia y hasta en la instrucción superior, sin que nadie, nadie, haya podido describirla, no por descuido sino por imposibilidad. Era... vasta, con espacios, con arbustos aislados, con ligeros pastos, con horizonte, y lo



más indescriptible, con perfil. Un espléndido perfil de colores ocre. En donde podía apreciarse por la sutileza del aire tembloroso, hasta el más mínimo detalle del plumaje, el pico, el paso de unas aves extrañas: azules, rosadas, altas, espigadas.

Todo el color del mundo selvático se desvaneció sobre sus mismos tonos, se volvió abstracto e inasible. Supe por fin lo que es el color ocre, la dignidad del rosa pálido y que el cielo azul es puro aire.

—Estamos en África —dijo Miranda, quedo, como si hubiera entrado a una iglesia magnífica. Se lo agradecí mucho, no hubiera soportado una de sus reacciones de guacamaya.

Oscar Trueba no habló. Yo creo, y espero tener razón, que en ese momento entendió la belleza por primera vez. Nada de plastas, ni rayones, ni colores que desgarran el ojo. La idea pura.

Vimos pasar animales corriendo de perfil, todo era de perfil. En manadas, en grupos de dos o tres, también a solas; eran cuadrúpedos y no supimos cómo se llamaban. También unos pequeños y brincones ajenos a los canguros. Vimos el mundo como fue creado en un principio. No me



importa como fuera el principio, sólo sé que se remonta hasta allá, en unos momentos y en otros no; porque son actuales.

Y que no voy a casarme con una atea porque la estrangulo en cuanto diga la primera brutalidad frente a todo lo que no entre en sus cálculos, como nacer, morir y admirar. Punto.

Manejaba Oscar lentamente, transido como nosotros dos. Así pasamos como seis horas. Hasta que el principio de la tarde, que se adivinaba eterna, cambió los colores y coincidió con una ligera alteración; había más plantas jugosas, unas lianas flexibles y un cierto movimiento de seres escondidos. Monos, qué espanto. No me convencen, son como toda la gente desvergonzada que conozco, un puro burdel, el paso atrás que los seres humanos suelen dar en cualquier momento, basta un descuido. Gasolinera y motel.

Oscar quería mear con urgencia, pero de nuevo hizo los arreglos, mientras Miranda y yo le poníamos gasolina al Volks y ella, muy formal, la pagaba. Ésas son sus ventajas; no lo hacen las Salamandras ni las Cuiquelas, no sé por qué, pues damas no son. Fenio las definió una vez:



las Salamandras son nacas, de padre pulquero, venidas a más. Las raquílicas ésas (las Cuiquelas) son argentinas, ya lo dijimos todo. Observé que Fenio no puso objeción a las abundantes carnes de las Salamandras; se rio.

—No, maestro Celso. Ese reclamo ya me lo hizo la reinita. Me gusta que ella sea flaca, pero ¿quién va a ponerle objeciones a una gorda? Sólo que la lleves de compras.

Me puse de buen humor. Yo, con gordas, nada. Mi estilo es Miranda, si fuera más alta y no anduviera en la duda, no me quejaría. Bueno, bastaría con que no anduviera en la duda.

Mismo arreglo. Esta vez con camas matrimoniales, ya ni objeciones puse. Este viaje estaba saliéndome barato. Cozumel quién sabe cómo sería de caro, con eso de que ya es centro turístico después de haber vivido en el anonimato desde el Génesis.

—Yo duermo solo —dije—. A mí me toca.

Miranda no puso objeciones, aunque le pareció una patanería exponerla a los codazos de Oscar. Él tampoco protestó, está acostumbrado





a los malos tratos: su jefa le dijo “pinche gigante” una vez que caminó sobre sus zapatos de tacón y se los dejó triturados. Bueno que yo no haya sido de ese tamaño. La naturaleza sabe algo del equilibrio humano: a Oscar no le dio agresión y ruco Trueba se la acabó de quitar. En tanto que a Leonardo Scuderi y a mí, nuestros respectivos rucos ítalos, nos la exasperaron hasta un grado crítico... contra ellos, claro.

—A la piscina no vamos, ni a ningún lugar sin ventilador, por los moscos. —A estas alturas, Oscar no sabía que Miranda y yo estábamos barnizados de repelente, así como no nos lo habíamos comunicado ella y yo.

—No me dan tanta comezón porque me puse una pomada gringa, de esas que sirven para todo, quemadas y todo.

Pobre. Desfilamos hacia el comedor, ellos ya tenían apetito y yo el de siempre. Nos ofrecieron pescado, mucho y muy bueno, asadito en hojas de plátano, lejos de los alcances de Clemen, muy lejos. Un flan muy bueno y fruta en abundancia.

—Oscar, si vas a comer mango, vete a dar una vuelta.

—¿Por qué?



—Celso, no seas exigente, ¿cómo se come el mango?

—Si no tienes tenedor especial, se le cortan los cachetes y te los comes con una cuchara.

—Ah. En la embajada, mi mamá prohibió el mango por peligroso. A mí me encanta.

Comimos sin mayores problemas. Oscar ya sabía cómo se hace lo del mango, pero como tiene dignidad, no comió ninguno. Eran de esos de medio kilo importados del Asia en este siglo, luego de Cuba. Los nuestros son pequeños y de carne fina. ¡Qué pesado estaba yo en ese momento! La verdad es que tenía una cierta aprensión: ¿Iría Miranda a confesar otra cosita? Terminamos y fuimos a nuestro cuarto; mejor temperatura, nada de moscos y limpieza. Botellas de agua mineral.

Ni un sillón, sólo dos sillas tiesas. Me tiré en mi cama y los otros en la suya, como casados, retuve el grito de risa. El ambiente era confidencial, tranquilo. Digo, hasta que habló Oscar.

—En el camino no vimos ningún avestruz.



Seguramente hay bombas de silencio, ésta era una; se escuchaba el ventilador de aspas como si fuera un avión. Estuve a punto de ponerme los audífonos y oír música, pero eran de Boris, siempre tiene más máquinas que nadie. Cerré los ojos hasta que oí la voz de Miranda, en una especie de postenojo, muy gracioso.

—Tú no eres comerciante en plumas, ¿verdad, asesino?

Hacía meses que no me revolcaba de risa; terminé boca abajo con la cara enterrada en la almohada; la voz de Oscar no se oyó nunca. Como un eco de mis propios pensamientos, se puso él los audífonos, pero mientras hacía los arreglos volvió a hablar Miranda.

—No vayas a fumar aquí adentro. Como te gusta cuando oyes eso.

Oscar no contestó. Figurativamente era la primera vez que Miranda y yo estábamos solos; ahora caía en la cuenta de que no habíamos tenido ni un momento de intimidad; decidí no cortar por lo sano si no por lo enfermo.

—Oye, Mirandolina, cuando llegues a Roma tienes que hacerte un análisis.



Si esperaba una lluvia de reclamaciones y vituperios me frustré; me contestó tranquila.

—Eso me digo a cada rato; no me gusta vivir en la estupidez. Hasta se me ha ocurrido decírselo a mi padre, para que me llevara a la fuerza, pero se iba a enterar la *mamma*. Y ya tú sabes, *caro*, como es ella. Desde que se retiraron viven a unos kilómetros de Roma, en una casa de campo; bonita, ¿sabes? Como un cielito. Y yo dije que debía tener el apartamento en Roma para trabajar. Es cierto, pero la *mamma* pensó que era para vivir con un hombre. Y cuando no apareció el hombre porque cuando voy a verlos siempre llego sola, pensó que era para vivir con muchos. Y no me lo ha dicho; nunca me ha dicho algo, en toda mi vida. Regreso a la *campagna* y los dos me tratan con mucho cariño: me dan mucho de comer y me pasean, lo de siempre, pero ella piensa mal, muy mal. Y no me pregunta. Yo necesito que me pregunte.

Si nuestros amigos pudieran ver lo que pensábamos de sus padres no nos lo perdonarían nunca. La madre de Miranda era una señorita de



pueblo, muy católica (del pasado nadie tiene la culpa), pero después de treinta años de casada con ruco Fabri seguía siéndolo y no lo parecía. Su marido logró vestirla bien, enseñarle buenos modales, obligarla a conversar como arte y no como necesidad, todo, incluyendo la práctica de dos o tres idiomas. Pero todo lo hace con el espíritu de una institutriz. Un día de confianzas, Miranda me enseñó una agenda de su madre, todos los días tenía dos compromisos sociales y tres horas de clase de “algo”. Idiomas, historia, literatura, también baile y gimnasia, muy de mañana. Eran, a lo largo de treinta años, como cuatro maestrías y un doctorado en historia de la diplomacia. Sabía de asuntos internacionales más que su marido; todas las mañanas después de los ejercicios corporales dedicaba un largo rato a revisar los periódicos, subrayando aquí y allá las cosas que podían interesarle a su marido, todo mientras desayunaba brevemente. Jamás aceptaba invitaciones a desayunar porque le trastocaban el día; decía que ése era uno de los vicios más desagradables que había encontrado en sus viajes: reunirse para desayunar.



Lo que Miranda no puede entender y yo tampoco es cómo hizo ruco Fabri para embarazarla y para que llegara al parto con los sesos en su lugar, porque por la mañana tiene un impresionante aire intacto, de tal modo que no han de penetrarle ni las inyecciones. Ruco Fabri no quería un hijo porque también es territorial, pero lo sabe; algo quería, sin embargo, y tuvo a Miranda.

—En esta agenda nunca hubo una hora, ni media hora, para mí —dijo Miranda ese día y era tan amargo que no me atreví a abrazarla, porque ese vacío necesita de los abrazos de muchos, no sólo los míos. Y ni así se quita.

En otras palabras, yo odiaba a la *mamma* Fabri y no tanto al ruco, porque él se decía “hombre de mundo”. Y esto consiste en que nada puede hacer su hija que lo despeine, por ejemplo. Pero se da el tiempo para saberlo.

—Yo que tú —le dije a Miranda ahora, con Boris ya metido en el compás de sus dedotes— se lo decía a los dos juntos. Si ella piensa mal de ti, que piense por lo menos algo cierto.



—Es muy tarde. Quizá cuando tenía yo quince años y regresé de Suiza. Ése era el momento. Entonces yo no la odiaba —lo dijo y se me enfriaron las manos por hipócrita: claro, no es algo tan original. Pero fue el tono, el tono helado, ajeno a Miranda—. Ya había entendido que estar en el internado era necesario porque tenían una embajada difícil, más bien muchas; él pasó quince años en África antes de llegar a las buenas —se rio—. Ellos vieron muchos avestruces. Yo iba de visita y comprendía, pero luego les dieron Nueva York y ya no hubo excusa. Y no me llevaron hasta después de tres años, para no verme, creo. Allí empecé a llamarles la atención y me pusieron una vieja gringa para que me acompañara a tomar cursos de dibujo. Luego a Roma otra vez, a la Escuela de Artes Plásticas, y yo, cuando vine a México, ya me había acostado con más de diez penecos y me había hecho dos abortos en Inglaterra.

—Miranda, ahora quieres tener sida para chingar a tu madre y de paso a tu padre. Y si no lo aclaras es para no renunciar a ese gusto, porque sientes que ese gusto quizá es lo único efectivo —como no contestó, me lancé a fondo—. ¿Y sabes qué? Tu señora madre te iba a meter en un sanatorio



carísimo y tu padre, que es hombre de mundo, te iría a visitar los fines de semana. Y tú, tú, Miranda, ibas a estar peor, pero ellos no, porque a estas alturas ya tienen mil rutinas que tu enfermedad o tu salud no cambian. A ver, dime, ¿de qué mierdas llena tu madre su agenda ahora?

—Toma cursos por correspondencia.

—¿De qué?

—Se va a doctorar en letras clásicas, desde el retiro aprendió griego y latín.

—¿Y él?

—Se interesa por la electrónica. Tiene un tallercito en casa.

—¿Y tú?

—Trabajo en una fábrica de telas, tengo un departamento, vivo bien, me administro con prudencia.

—Y juegas al sida porque ya jugaste a todo lo demás.

—Si lo dices por Micia...

—También lo digo por Micia. No me cuentes que te obligó. No es tan fácil, ni con su superioridad física.





—No lo había hecho antes ni lo he hecho después. Me fui a Roma muy mal, ¿sabes? Sentí que debía ir corriendo a la *campagna* a decirle a la *mamma*: mírame, soy una puerca.

—¿No lo hiciste?

—Eh —ese sonido, en Miranda, es de burla—. Mi padre, en cambio, me hubiera dicho algo así como “*cara*, cuídate el clítoris”; entonces, a él tampoco lo iba a perdonar.

Qué perceptiva, Miranda, porque yo, yo que no soy su padre, si no temiera hacerla sufrir más de lo permitido, le hubiera dicho lo mismo. O sea, si ella no me importara nada. Lo triste es que ruco Fabri la quiere, pero no puede dejar de ser él mismo.

—Mm. Sí. Más vale. ¿Qué hiciste?

—Me di muchos baños de vapor, me acabé una botella de pastillas de espuma y un tubo de dentífrico. Ni con todos los perfumes de Mirurgia, como dice mi amiga española. Pero luego se me olvidó, hice una toma de conciencia.

—¿Cuál toma?



—Que Micia y su hermana, la que se llama como perra (ella como gata), tienen todas las desventajas de su padre alcahuete y ninguna ventaja: ni carrera, ni dinero, ni ropa, ni cultura, ni Roma, ni el Colosseo, que es una ruina a medias, pero digno de hacerle una visita.

“Entonces vi la mala fe de Micia: quería violarme, tragarme para estar a la altura de mis ventajas y para que yo las perdiera a los ojos de muchos. Y la otra, la menomata del nombre idiota, lo veía todo con azoro agarrada de un naco, quería lo mismo y ésa era la manera.”

El retrato era muy vívido. Podía imaginarme a esas dos empeñadas en comerse a Miranda de algún modo y el peor era imponerse sexualmente: así pensaba Laluda de Micia y Micia de sí misma. Carajo, y don Filiberto en el cuarto de mi Teresita de mi vida, hermana mayor y todo. Y zumbándose como avispa a mi jefa... pero eso yo no podía pensarlo, porque angustiarme en este momento era como admitir que debía haberme quedado a defender el terreno palmo a palmo.

También se me ocurrió que ese mismo impulso envidioso y destructivo debían de tener ellas hacia mi madre porque no tenía las ventajas de



Miranda ni sus desventajas; tenía otras, bien definidas y para ellas más comprensibles... más la desventaja evidente de tenerme a mí en pie de guerra. Y a Fernando Palomares en la retaguardia.

—¿Vas a hacerte el análisis, Miranda?

—Eh. Sí. Tienes razón.

—Y deja de pensar en tu madre. Mátala de una vez, como le dijo el psicoanalista a un alumno de mi mamá. Simbólicamente. Olvídala. Diviértete con el ruco Fabri y dale por su lado.

—Nunca voy a poderme casar.

—¿Por qué?

—Para no ser una esposa, como ella y como otras.

—Yo creo que sí. Dentro de unos años, cuando estés más tranquila.

—¿Cuando aparezca un *scellerato*, mate a mi madre y convenza a mi padre de que no haga bromas con la virginidad?

—No. Yo creo que vas a casarte con un hombre metódico, un hérede romano, hombre de negocios. Y te vas a volver un tigre con el dinero. Vas a ser millonaria y feliz.



Miranda se soltó a reír. Consoladilla digo yo. Oscar estaba profundamente dormido. Miranda le desconectó los audífonos, pero no se los quitó; puso la casetera en el buró y sin desvestirse, con una vis cómica muy suya, se le acomodó en un hombro y le pasó una pierna encima, a la altura de la cintura; parecía una plantita parásita prendida de un tronco oscuro, apenas vibrante de respiración.

Enseguida se durmió.

Fui al baño, lavé las ropas sucias que tenía y cuando regresé al cuarto les tomé una fotografía y luego otra, desde otro ángulo. Material para película de terror. Eran tan curiosas que me animé a sacar otra más.

El ser humano es cómico, pero sólo a los ojos que lo ven. Salí del cuarto. Tenía angustia existencial, oscuridad patente para mirar el futuro, como una máscara apretada sobre la cara. ¿Así le pasaba a todo el mundo? Era como resbalar, tropezarse, caerse, ensuciarse y hasta morir sin saber si llegaría el momento de levantarse, restregarse, llenar el mundo de acciones significativas y ver luz. O ver orden, no vislumbres de vez en cuando. Y no sufrir como perro rabioso, por favor. Y olvidar.



Allí cerca de la sabana, lo invoqué en una petición de olvido profundo de todas las heridas, para estar entero y no cuarteado, para no andar en peligro de romperse. Era una petición de entereza, aunque entonces no lo supiera, de solidez sin estolidez, lo cual es la dificultad.

Pedí para no perder la sangre en episodios idiotas, como el Chivo y el pobre Gerardo, o el sudor, como Leonardo, la energía de la vida. Pedí potencialidades.

Luego volví al cuarto y apagué la luz; antes de dormir pensé que las estrellas por estos lugares también son espejismos: más grandes, más lúcidas, más cercanas.

Me despertó un grito de Oscar. Eran ya las ocho; Miranda y él habían dormido como ángeles, sin codazos ni nada. Pero hasta ahora caía en la cuenta de la proximidad de ella.

—Ay, Celso. Celso, mira esto, ¿así se pega?

—No, hombre. No la asustes, hazla a un ladito. ¿No ves que tiene el sueño pesado? —Por fortuna, pensé. Aunque por supuesto, la intención de ella, la noche anterior, era aterrorizarlo.



Oscar se zafó con una cautela de víbora, sin despertarla. Corrió al baño. Vio mi ropa lavada y se le ocurrió lavar la suya. También vio unos trapitos de colores fuertes y no los tocó, eran de ella. Sacó mi ropa.

—Ya está seca —yo tenía los ojos entrecerrados, veía y no veía—. Oye, maestro Chango, no me mires con los ojos así porque me asusto. Hoy no manejo.

Estaba sensible como una flor de dos metros de diámetro.

—Está bueno.

—Y ella me debe dinero.

—Cóbrale cuando despierte.

—¿Por qué se me durmió encima? Es una irresponsable.

—No sé. Yo no la vi —pero Boris vio las fotos sobre la mesa, en hilerita.

—¿Qué no la viste, pinche mono de mierda? ¿Y esto?

—Para la colección. Nada más —lo dije muy serio.

Eso lo enmudeció un momento. Luego se sentó en mi cama, muy íntimo, mala señal.



—Oye, Changuito. Dime, por favor, qué quiso decir esta vieja nefasta con lo de comerciante en plumas. No entendí. ¿Por qué te reíste?

—Por idiota, Boris, de veras. Yo tampoco entendí nada. Ella... ya la conoces, quién sabe qué pensó.

—Me dijo asesino y no he matado nada. Bueno, moscos y aquellas pulgas de autobús. ¿Te acuerdas?

—Sí. Horribles. Quizá pensó que preguntabas para hacer negocio con las plumas.

—No pregunté. Dije que no había.

—Entonces pensó que te hubiera gustado. Esos animales son muy valiosos y hasta hubo, hace tiempo, una campaña en contra del uso de las plumas.

—Ah. Era por eso. Pero aquí no hay —lo decía tristemente, había llegado a una especie de punto crucial. Yo fui discretísimo.

—Entonces no es necesario protegerlos. Corrió a bañarse y todo lo demás que se hace en un baño.



Yo me quedé mirando una telaraña en un rincón del techo. Definitivamente había venido con las dos personas más peculiares del universo. ¿O seríamos los tres así? ¿O seríamos comunes y corrientes? Había una dolorosa posibilidad de esto último.

Nos preparamos para pasar otro tramo de selva. Habíamos eludido las ciudades y capitales de provincia, pero ése no era el espíritu del viaje tal como lo habíamos planeado Miranda y yo. Tampoco íbamos como excursionistas tipo europeo porque, hasta Oscar en forma implícita, pensábamos que todo el trajín de las mochilas y las tiendas de campaña ya nos quedaba mal; estábamos demasiado entrados en edad. Miranda lo había promulgado un tiempo antes.

—Yo me doy el derecho a dormir, bañarme y cagar decentemente. El transporte, no siendo bicicleta, no importa.

A nosotros nos daba risa lo de la bicicleta porque en México se usa para las mensajerías y las carreras; pero ella pensaba en las ciudades universitarias europeas y gringas, donde es un transporte común. Yo,





independientemente de las aficiones del Chivo, tengo una imagen de la bicicleta casi poética: voladora, amorosa, de entrega.

No como mi jefa quien nunca quiso dar opiniones y cuando me rompí la cabeza (una de tantas veces), me recogió con un solo comentario.

—Hace meses que lo estaba esperando.

—Bueno, teníamos el Volks y más de una vez, durante ese viaje, me arrepentí de haberlo llevado. Así son muchas cosas en el mundo: las mujeres y el Volks.

Esta vez, Oscar fue atrás, encogido como en una cuna demasiado estrecha y en posición fetal, pero con posibilidad de mirar hacia afuera. La selva era más apretada que la otra; Oscar la percibía con el rabo del ojo y no quería verla; Miranda callaba. Ni yo quería imaginarme lo que sería una descompostura en un lugar así... También olía a podrido, peor debajo de ese olor había otro, de flor amarilla gigantesca y oculta; todo era en realidad fecundación y polen. Ahora sí, una algarabía de monos que, de hecho, nos pasaban encima, pues las ramas formaban un túnel que se mantenía a cierta altura gracias a los camiones de carga que sin duda



pasaban por allí; en este tramo no vimos ninguno. El calor era sofocante y nos agobiaba un miedo ridículo, muy ridículo cuando uno se encuentra a veintitrés grados, por ejemplo. Este tipo de calor estruja el agua del cuerpo y no da sed, se bebe por disciplina... en esa selva se respira sexo y sin embargo no puedo imaginar algo más desagradable que el contacto con otro cuerpo en esas condiciones.

Así se comprueba lo delicado, lo caprichoso que es el hombre frente a la franqueza carnal de los animales. Franqueza carnal: no la teníamos ninguno de los tres, aunque frente a nuestras familias pasáramos por promiscuos. Primero el miedo de resultar inadecuado frente al otro sexo, luego el terror a las enfermedades que sin embargo parecían controladas. Ahora el sida y el prejuicio contra el matrimonio de hombres y mujeres al parejo porque los padres hablan de haber sido felices y no les creemos. Sólo se casan a gusto los hijos naturales, por puro afán de tener hijos con dos apellidos y hasta tienen muchos; los hijos no lo agradecen.

Estas ideas tan fastidiosas se me ocurrían para fugarme del momento, eran pura mampara. La naturaleza en su exceso mayor no me gusta. Ni



a los otros. Desde el hotel, Oscar se amarró un paliacate en la frente y se quitó los anteojos negros, o no vería nada. El efecto era horrible, como de novela de Rómulo Gallegos. Parecía un criollo esclavista como sus ancestros, lo cual es natural, pero siempre me ha sorprendido.

—¿Aquí vive gente? —preguntó Miranda con la voz muy chiquita, hasta la voz estaba deshaciéndosele.

—Aquí se mete la gente y no sale más nunca —contestó Oscar.

Yo no sabía si ésta era la zona de las chiclerías, nada diferente a las selvas de caucho, más al sur. Pura sangre verde. Y sí, yo sabía que había tribus perdidas, que esas historias románticas del blanco que rechaza su origen por un refugio en la selva eran ciertas. Había leído el descubrimiento de los lacandones apenas en los cuarenta y no me atrevía a decirlo porque la confrontación, el origen y la nacionalidad son temas que todo el mundo trata con una cretinada infinita y no soy yo el que va a encontrar el modo; yo soy el que no va a aceptar una versión cómoda, nada más. Menos Miranda, a quien no le toca de nada este mal negocio.



Tres horas más. Yo iba de prisa, hasta que la selva empezó a achaparrarse y de pronto vino el olor del mar, la brisa, un aliento de dicha, más selva, más escasa, pedacitos de arena y la playa era la más hermosa y quizá la más recóndita, esfumada en el cielo dulcísimo, sinuosa. La playa. Dios mío. Nos bajamos, queríamos pisar la arena, sudar de un sudor benigno y no maligno. Estábamos muy humildes, muy castigados por la selva. Muy llenos todavía de literatura de selva: selva, esclavitud, degradación humana, reino animal. Conrad. Avanzamos.

—No miren —gritó ella, ya estaba desvestiéndose. Nosotros también, más adelante, junto a unas matas. Oscar resurgió con el traje de baño gringo y yo con mis calzones negros. Corrimos a la playa y nadamos según nuestro buen o mal saber. Oscar y yo regular, con defectos diferentes, la natación no es mi fuerte. Ella como una perrita, muy contenta.

Se sabe que se inclina a los niños al deporte para que no se pongan sexy antes de tiempo; no he sabido de otra cosa más cierta. Cuando uno



es adulto y hace ejercicio, el sexo desaparece de la mente. Afirmación comprobada como falsa en la biografía de Édith Piaf.

Hicimos maromas en el agua, flotamos, hicimos maromas en el agua cada quien por su lado: llevábamos demasiadas horas de estar pegados como chicles; al fin pudimos disfrutar al máximo la sensación de libertad. Nos cansamos y nos metimos al Volks para no quemarnos, con la ropa en la mano, oliendo a foca y dispuestos a encontrar otro motel, como nuestra solemnidad exigía.

Todavía manejé un rato antes de llegar a unas construcciones blancas que se veían caras y como estúpidas. Scuderi me había prevenido: es un hotel caza gringos, juniors y ricos vulgares. El pobre trabajó dos meses en esa cocina, cuando tuvo con ruco Scuderi un pleito preliminar a la ruptura. Seguí adelante y, antes de llegar a lo que más o menos es un pueblo, vi el hotel que Nardo me indicó: muchas plantas, construcciones pobres y el mejor pedazo de playa. Cualquiera día lo tiran para hacer un rascacielos. Japoneses, seguro.

Ah, y otra vez el mismo trámite, porque a estas alturas mandar a Miranda a dormir sola era como grosería; Oscar y yo lo sentíamos



claramente, pero del mismo modo sentíamos que dormir los tres juntos no acababa de ser normal o presentable, no sé, somos seres de transición. Para el siglo XXI vamos a fornicar en la calle como dice la sociología que hacen los perros. Y los habitantes del Mezquital, actualmente. Y allí le paro con los símiles porque no hay *una sola regla social* que pueda aplicarse a todos los habitantes de la tierra.

Nos bañamos uno por uno, nos sacamos la arena de los rincones y enjuagamos nuestra ropa; única regla en que coinciden nuestras disidentes familias: viaja y lava, lava y viaja, no cargues ropa sucia. Por eso los tres, muy obedientes traíamos sandalias y chanclas de hule, nada de calcetines, nada de planchar. Eso también lo dice rucu Viale y mi abuelo italiano, pero es una regla clasista, porque cuando se le enseña a alguien se le enseña simultáneamente que, aparte de ser sucio, no está “bien educado”.

Palabra hermética que debe desglosarse. Rituales y mitos, clasicismo agudo: la clase guerrera y la sacerdotal frente a los esclavos.

Muy culto me sentía tomándome una limonada helada junto con Miranda, quien pidió té helado mientras esperábamos a Oscar. Estábamos



relajados y respirando hondo; se siente el cambio de aire en los pulmones. Se apareció Boris, limpiquito y feo como la muerte, con el pelo pegado al cráneo. Pidió una cheve.

—Ya nos rompiste la elegancia —dijo Miranda riéndose, estaba contenta, muy bonita. Tenía que aparecer un médico adinerado que se casara con ella.

Les conté la biografía de Édith Piaf; bueno, ese detalle: que ella y su hermana, otra enana raquítica como ella, las dos estilo Cuiquelas, pero callejeras, se habían introducido desde París hasta un centro de entrenamiento para boxeadores en Estados Unidos, en cofres de coche, cajones y baúles, sin pasajes, sin pasaportes y sin permiso de los entrenadores, pero de acuerdo con un boxeador famoso galán de la Piaf que venía a América a una pelea muy planeada y tenía prohibida toda clase de excesos. Bueno, pues todas las noches, él y la Piaf se emborrachaban, cogían, se peleaban, todo menos cantar, porque con esa voz los hubieran descubierto. El hombre ganó la pelea. Y regresaron a Francia con los mismos procedimientos, por pura diversión y complejo de golfas.



—Yo me hubiera muerto de claustrofobia —dijo Miranda. Oscar asentía gravemente y yo también, por supuesto.

—¿Qué hacía la hermana mientras? —siguió Miranda con una perseverancia muy especial que le agarra cuando quiere investigar bien una cosa.

—Pues no sé. Pero dice el libro que siempre estaba allí, junto a la Piaf.

—¿Hasta en sus momentos más íntimos?

—Sí, porque era menor y la Piaf la protegía.

—Debe de haberse muerto de envidia. ¿Quién escribió la biografía?

—La hermana.

Miranda se mató de risa, hasta el té helado se le atragantó. Oscar, en cambio, también se mostraba medianamente interesado, pero no le veía el chiste.

—¿Que qué? —lo dijo como si acabara de llegar de Marte, era su escafandra... de rocío, como dice un poeta barroco que a mi familia no le agrada.

—Que la hermana escribió la biografía.





—Ah. Pues sí. Si no, ¿cómo iba a saberse lo del viaje?

Sólo si alguien que estuviera presente... se le acabaron las palabras y terminó con un movimiento razonable de su manota. Miranda seguía riéndose y yo... No quería réirme, de modo que me tapé la boca, pero eso no le gustó a Boris.

—Lo que pasa es que ustedes no saben hablar de nada, todo se vuelve estupidez. Yo hablaba en serio.

—Bájale, Boris, claro que hablabas en serio. Miranda se ríe porque no cree en la integridad de la hermana. ¿Verdad, Mirándola Dormir? —dije citando a otro poeta contemporáneo, interesado en la ecología: ecos por aquí y ecos por allá. Pero eso le digo de vez en cuando, ya sabe.

—No —dijo apenas con aliento—. No creo en su integridad física ni moral. Creo que la hermana omitía detalles que la afectaban personalmente. —Miranda elegía las palabras como si estuviera traduciendo una entrevista de la reina de Inglaterra.

—Claro, la biografía no era de ella, sino de la Piaf —afirmó Oscar—. Pero no le veo el chiste.



Nos dejó serios y sin recursos. Nadie en el mundo ha podido develarle a Oscar lo que no ve, es una imposibilidad metafísica.

Entonces empezaron a aparecer *los otros huéspedes*. Primero apareció una parvada, manada o ristra de individuos con las siguientes características, eran cinco: más de 1.50 metros de estatura, cuerpos perfectos, rostros correctos y algunos hasta clásicos, excelentemente vestidos, ninguno de raza indígena y todos mexicanos.

—Son artistas de cine —dijo Miranda con una rápida mirada muy calibradora, detestable en una mujer.

—Sólo que los hagan en probeta —agregué yo para no verme resentido ni celoso.

Oscar también estaba tomándoles la medida y meneaba la cabeza.

—¿Ésos? Óyeles la voz. Cuando mucho serán modelos.

—En efecto, tenían lo que mi hermana Teresa llama voces no impostadas; hablaban no con el diafragma sino con las amígdalas. Pero les vi los ojos. Y en los ojos está el pedo fatal; son ojos donde se distinguen las pestañas claramente y que tienen un guiño, ya de por sí; un doble mirar debajo del normal.



—Son putos —dije. Miranda se molestó.

—Para ti, Celso, son putos todos los hombres que no parecen despojos de la naturaleza.

—Al contrario. Los que conozco parecen despojos. Lo interesante de éstos es que son ejemplares casi perfectos de la raza humana... salvo unos detalles.

Miranda es objetiva de vez en cuando, como todo el mundo, y suspiró largamente, como quien se resigna a no probar un pastel de chocolate.

—Ay. Son esos modelos putos que salen en los anuncios de televisión. Probablemente estarán filmando el anuncio de una loción o de una medicina contra la caspa. Caraco.

La descripción era esquizofrénica pero exacta. Ya ni nos ofendimos porque estuvo a punto de llamarnos despojos.

Los aludidos, muy prudentes, tomaban refrescos embotellados, pero necesariamente saludables. Hubiera podido jurar que eran pachecos y con opción a cosas más caras. Y éstos, éstos son los que mueren de sida, pero no lo dije, para que *nadie* se diera por aludida.



Todos tendrían barras en su casa... como yo. Pero yo ya la había quitado, buena medida.

Luego otro grupito, nada menos que Cosme, el hermano de Fenio, con dos muchachas y un cuate, todos de su profesión: la abogacía. Era una movida vacacional, de esas que hace la gente fuera de temporada, para no tener encuentros. Ellas eran morenitas, trompudas y como faltas de línea y curva; más bien mal hechas, pero muy amigables. La de Cosme era dientona y se llamaba Karen, Mónica la otra y el tipo Moncho. Ellas tenían nombre de familia Burrón, como dice el eternamente citado Palomares; eran hermanas y sus padres estuvieron de acuerdo con el viaje porque iban juntas “y así cuidaban una de la otra”. Esta información nos la dieron a las primeras de cambio, en cuanto se sentaron. Todo para garantizar que su viaje era moral y autorizado, sin fornicación posible. Cosme y Moncho las oían como quien oye llover, seguramente lo habían escuchado con frecuencia. Miranda se molestó, mientras que Oscar miraba a una y luego a la otra, sin expresión evidente. El único amable resulté ser yo, por Cosme y algo así como decencia, pero Miranda no es tan fácil y hay cosas que no se traga.



—¿De manera que en la noche duermen las dos niñas en un cuarto y los dos niños en el otro? —preguntó en voz alta y clara, se oyó mucho. Mónica y Karen se sorprendieron durante un momento, sólo un momento.





Revisión, registro y catalogación: **Maríel Medina Lugo**

Edición de audio: **Gabriela Jiménez Garduño**

Grabación: **Sonia Ramírez y Maríel Medina Lugo**

**Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial**

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Portada: **Diego Pacheco Illescas**

Ganador de la 2ª convocatoria para ilustrar portadas de la colección de Voz Viva,  
publicada en noviembre de 2022.

Agradecemos a Lorenzo Rossi su apoyo y gestión para la grabación de este título.



*Como los gorriones (fragmento)*, de la serie Voz Viva de México (VV - 147) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 29 de junio de 2023, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México.

Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19). El tiro fue de 500 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.